

MONICA MARELLI

POR QUÉ NOS ENCANTAN LOS GATOS

**TODO LO QUE NECESITAS SABER
SOBRE TU AMIGO FELINO**



zenith

MONICA MARELLI

POR QUÉ NOS ENCANTAN LOS GATOS

zenith

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Perché i gatti si fanno d'erba e noi siamo pazzi di loro*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Oh!Books Literary Agency

Primera edición: enero de 2023

© 2022 Giunti Editore S.p.A., Firenze-Milano, www.giunti.it

© de la traducción, Carmen Ternero, 2023

Ilustraciones de Francesca Lù

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Zenith es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.zenitheditorial.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-08-26581-8

Depósito legal: B. 22.894-2022

Impreso en España – *Printed in Spain*





LOS adoramos



¿Cuándo nació el amor?



En el mundo hay más de seiscientos millones de gatos domésticos. ¿Cómo han conseguido meterse en nuestras casas y hacerse con comida, caricias y un lugar seguro donde dormir? Hasta hace poco se creía que la relación gato-humano había comenzado en Egipto hace 4 000 años: los súbditos de los faraones protegían las reservas de grano del ataque de los roedores gracias a las habilidades cazadoras de los gatos que, de este modo, se acercaron a los dioses. Pero nuestro amor es mucho más antiguo. Un importante descubrimiento, publicado en diciembre de 2013 por la Universidad de Washington en San Luis, demostró que los gatos empezaron a convivir con los seres humanos hace unos 5 300 años en China. Gracias a un estudio de datación

por radiocarbono de huesos felinos encontrados en el pueblo de Quanhucun, los investigadores descubrieron que los gatos no vivían en las casas como animales de compañía, sino alrededor de las granjas. Los rastros químicos confirmaron que su trabajo consistía en cazar ratones, atraídos por los alimentos que los seres humanos les dejaban para que siguieran cazando. No ha podido determinarse si los ejemplares cuyos restos se encontraron procedían de Oriente Próximo, y, por tanto, también de Egipto, o si eran gatos originarios del territorio chino. Establecer su origen genético exacto es muy complicado porque los gatos, a diferencia de los perros, las ovejas o los caballos, por ejemplo, no han evolucionado hasta diferenciarse claramente de sus parientes salvajes. Tanto es así que, cuando se han hecho pruebas empíricas, los veterinarios, cazadores y naturalistas solo han podido distinguir el cráneo de un gato salvaje del de un gato doméstico 61 veces de cada 100. Desde un punto de vista científico, ¡es como «acertar» lanzando una moneda al aire! Aunque hay algunas diferencias (el gato doméstico tiene el intestino más largo y las extremidades ligeramente más cortas), un gato salvaje africano puede confundirse fácilmente con un gato doméstico. Hasta el pelaje es similar, dado que el gato salvaje es un *tabby mackerel* (atigrado a rayas), que se parece mucho a los gatitos que estamos acostumbrados a ver todos los días.



Felis... ¿qué?

El hábitat original del gato montés era Europa hace 250 000 años, en plena glaciación. Luego se trasladó a climas menos rigurosos migrando a Asia y África. Hace unos 20 000 años, al final de la Edad de Hielo, el gato montés africano se separó del europeo. Mucho más tarde, hace unos 10 000 o 15 000 años, se mezclaron los gatos africanos, asiáticos y europeos, con lo que se adaptaron a casi todos los tipos de clima. Por lo tanto, no hubo tiempo suficiente para que aparecieran mutaciones importantes ni marcadas que distinguieran al gato doméstico del salvaje. Conclusión: la clasificación científica actual dice que el gato montés pertenece a la especie *Felis silvestris*, de la que el gato doméstico es una subespecie denominada *Felis silvestris catus*. Entre ambas hay una gran diferencia «social», puesto que el gato montés vive solo y únicamente se relaciona con sus congéneres durante la época de celo, mientras que nuestro minino es social y se relaciona con nosotros de una forma extraordinariamente variada. Juguetón y esquivo, cariñoso y reservado, mimoso y solitario, su temperamento depende del momento. Vive en constante equilibrio entre su naturaleza salvaje y la doméstica, sin renunciar nunca a una ni a otra. Y esto lo hace aún más fascinante e indefinible.

¿Por qué el gato se adaptó para vivir con nosotros?

No lo necesitaba. Vivía en los márgenes de la sociedad campesina comiendo sobras y ratones, no se estaba extinguiendo, su hábitat no estaba amenazado por una glaciación y no había sufrido modificaciones genéticas que lo hicieran depender de los seres humanos. Averiguar quién fue el primero que decidió acercarse a un gato y «convencerlo» para que se fuera a vivir a su casa es como intentar averiguar quién inventó la ventana o la mesa. Es totalmente imposible. Lo que sí sabemos es que los egipcios se dieron cuenta antes que nadie de lo adorables que eran los gatos y los acogieron en sus comunidades. Por lo tanto, el misterio de la domesticación de este animal no parece residir en la genética, sino en la influencia del entorno. Los experimentos han demostrado que los gatitos que se han criado en un grupo de iguales siguen siendo sociables de adultos y tienden a formar grupos de forma espontánea. En cambio, el gato montés es un animal totalmente solitario y ni siquiera de adulto tiene contacto con otros miembros de su propia especie. En las colonias felinas también se ha observado que las madres colaboran entre sí para el cuidado de las crías, un comportamiento que está totalmente ausente en los gatos salvajes. Así pues, el grado de sociabilidad se desarrolla y refuerza al compartir el



mismo ambiente con otros individuos. Por consiguiente, nacer y crecer entre seres humanos favorece el establecimiento de una relación con nosotros.

¿Por qué nos gustan tanto?

Coged un gatito, ponedlo a jugar con una pelota, tal vez mostrando su suave barriguita y las almohadillas rosas, grabadlo y subidlo a YouTube. Las probabilidades de que el vídeo termine compartiéndose entre millones de personas son altísimas. Y eso por no hablar de las fotos de felinos que rebotan de un muro a otro, los miles de blogs en los que contamos las proezas de nuestros mininos o las páginas de veterinarios que se ofrecen a contestar a todas las preguntas de los amantes de los gatos. Internet es la prueba de hasta qué punto enloquecemos por ellos. ¿Qué tienen los gatos que los perros u otros animales domésticos no? Los psicólogos han decidido estudiar este auténtico fenómeno social y han descubierto cosas muy interesantes. Ante todo, para los amantes de los gatos, las redes sociales son lo que los parques y jardines para los amantes de los perros, lugares de encuentro en los que se puede charlar tranquilamente sin temor a que nadie se burle de ellos. Miles Orvell, historiador de la Universidad de Temple y especialista en cultura visual, en una entrevista para

The New Republic subraya que la Red no ha hecho más que difundir en todos los hogares una pasión que ya existía. Es importante entender, dice el experto, que internet no ha hecho más que sacar a la luz nuestro amor por ellos, un sentimiento que hemos estado cultivando intensamente desde hace mucho tiempo. Pero queda otra pregunta: ¿por qué nos quedamos como hipnotizados y profundamente conmovidos al ver un vídeo de un gatito de pocos meses? Es cierto que son dulces y tiernos, pero eso no justifica un poder tan perturbador. El vídeo de una gata que abraza a su pueñín mientras duerme acumula más de 56 millones de visitas, una cifra enorme (teniendo en cuenta que, mientras escribo este libro, el vídeo más visto del mundo es el videoclip de *Despacito*, del cantante puertorriqueño Luis Fonsi, con más de 6 000 millones de visitas). El filósofo Michael Newall explica de modo sencillo por qué se desbordan nuestras emociones cuando vemos a un gatito pequeño: ojos enormes, nariz pequeñita, boquita chica, mofletes y una expresión que parece decir «cógeme en brazos». Pero, ojo, ¿es la descripción de un gato o la de un niño? Para nuestro cerebro, sobre todo el femenino, no hay mucha diferencia. Es más, según Newall, cuando miramos a los gatos se dispara nuestro instinto de protección de la prole, y los gatitos conservan en sus rasgos infantiles una fuerte connotación que los hace parecerse a



los bebés. Por eso, si oís a una mujer soltar un gritito agudo y decir «pero ¡qué monoooo!», pueden ser dos cosas: o está viendo a un bebé recién nacido o se está derritiendo con un vídeo de gatitos. Pero, entonces, ¿hay una respuesta definitiva para la pregunta de por qué nos gustan tanto los gatos? Yo creo que no, porque las razones son muchas y variadas. En cualquier caso, la psicología nos dice que dedicamos mucha atención a quienes son como nos gustaría ser. Pensemos, por ejemplo, en los líderes políticos o los actores. Por otra parte, no hace mucho, los gurús del bienestar aconsejaban vivir la vida como un gato: cuidado del cuerpo, un poco de afecto sincero y seguir siendo lo suficientemente niño como para jugar y divertirse incluso en la edad adulta. Los gatos son sabios filósofos. Viven el momento, no les preocupa caer bien a toda costa, no se esfuerzan por acumular riquezas y se hacen querer (mejor dicho, adorar) exactamente por lo que son: gatos. ¿Quizás por eso nos gustan tanto? ¿Nos gustaría ser como ellos?

Adorable y vulnerable

Para los expertos, nuestro amor, que germina en un terreno cargado de motivaciones, también prospera por otra razón que no tiene nada que ver con la

(innegable) belleza de los gatos: su vulnerabilidad. Es algo así como la simpatía que sentimos por el Pato Donald: nos gusta porque tiene un poco de mala suerte y nos resulta fácil identificarnos con él. El gato, como nosotros, es depredador y presa. Este doble papel, impuesto por las reglas de la naturaleza, le hace ser esquivo y furtivo. El gato está siempre alerta, pues de lo contrario arriesga su vida. No puede distraerse. Su debilidad nos inspira una actitud de protección y hace que nos identifiquemos con él. Porque, en el fondo, nos parecemos un poco. Podemos alzarles la voz a nuestros hijos y ser agresivos en el coche si alguien nos corta el paso, pero luego tenemos que aguantar la arrogancia de un jefe o defendernos de gente maleducada o de una pareja «depredadora» de sentimientos. En nuestro mundo bípedo somos presas y depredadores. ¿Cómo no va a seducirnos nuestro «gemelo» en miniatura?

¿Casa o bípedo?

Solo si vivimos en contacto estrecho con ellos vemos lo absurdo que es uno de los estereotipos más antiguos y arraigados sobre los gatos, según el cual estos se encariñan de la casa, no del amo. Aparte de que la palabra «amo» está realmente fuera de lugar y rezuma



arrogancia, podemos decir con total seguridad que a los gatos les encanta la compañía de su humano (aunque cogerlos en brazos o acariciarlos sean actividades que habrá que llevar a cabo con modos y tiempos felinos; en otras palabras, ellos deciden cómo y cuándo) y la separación puede provocar un verdadero síndrome de abandono, aunque el gato se quede en casa. Desde un punto de vista científico, los gatos domésticos son animales sociales, saben comunicarse de forma natural y tienen una extraordinaria capacidad para mantenerse continuamente en equilibrio entre su naturaleza felina y salvaje y su naturaleza más mansa y doméstica. Juegan con un ratón de peluche hasta que lo destrozan y luego se convierten en suaves compañeros de mimos ocupando su lugar a nuestro lado en el cojín o acurrucándose a nuestros pies, porque así es como ven la vida: les encanta ser gatos y aman al humano que los ha acogido.

¿Has gatificado la casa?

Este neologismo, que ha entrado a formar parte oficialmente del lenguaje de los amantes de los gatos, fue inventado por el estadounidense Jackson Galaxy, que se convirtió en experto en comportamiento animal tras vivir una larga experiencia en contacto con gatos

alojados en refugios. Galaxy ha llegado a ser una estrella de la televisión gracias a programas como *El encantador de gatos*, en el que va a las casas de la gente y resuelve conflictos entre animales y humanos. Uno de sus consejos es gatificar la casa. ¿Y eso cómo se hace? Los gatos se relacionan con el espacio tridimensionalmente, es decir, no solo se mueven en horizontal, sino que muchas veces lo hacen también en vertical. Les encanta trepar y observar el mundo desde arriba. Por eso muchas tiendas ofrecen soluciones especiales, como pequeños puentes tibetanos que cruzan las habitaciones, estanterías antideslizantes para las paredes o escaleras que suben hasta el techo, y tampoco hay que olvidar el suelo, donde hay que poner cestas con cojines suaves, cajas en las que los gatitos puedan esconderse y dormir tranquilos, juguetes para satisfacer sus instintos de caza y postes rascadores muy altos para que puedan estirar el cuerpo mientras se rascan, como lo harían en el tronco de un árbol.

¿Cuántos gatos por casa?

Yo siempre he tenido como máximo dos gatos en casa, pero conozco a gente que tiene seis. Para descubrir si la cantidad de animales maulladores que conviven en una sola casa puede ser estresante, los



científicos de la facultad de Medicina Veterinaria de la Universidad de Viena han estudiado el comportamiento de ciento veinte gatos domésticos. Primero los dividieron en tres categorías: grupo 1, formado por veintitrés gatos «solos»; grupo 2, formado por gatos que conviven en pareja, y grupo 3, formado por tres o cuatro gatos. Una de las preguntas que se les hacía a los humanos que convivían con ellos era si al gato le gustaba ser acariciado. Esto es importante, porque, para comparar el nivel de tensión nerviosa, hay que medir los rastros químicos (glucocorticoides) que dejan en las heces las hormonas del estrés (incluido el cortisol, como en los humanos). Obviamente, un gatito al que le gustan los mimos es un gato menos estresado y tiene un nivel de glucocorticoides más bajo que los demás. Los resultados son claros: de los 120 gatos, a 85 les encantaba que los acariciaran; 4 evitaban los mimos y 13 los «toleraban». Los análisis químicos revelaron un mayor nivel de estrés en los gatos a los que no les gustaba que los acariciaran y los investigadores llegaron a la conclusión de que el número de gatos que conviven no influye en el estrés: ya sean dos o diez, pueden vivir igual de felices. Lo decisivo es la calidad de la relación que se establezca entre los gatos (si se llevan bien o no) y con el humano (si les presta atención o no), el espacio vital disponible y el acceso a la comida.

¿Gatos que manipulan a las mujeres?

Micius era el gato de mi amiga Sandra. Un domingo, la bípeda decidió que, en lugar de levantarse, se quedaría un poco más en la cama para recuperarse de una noche insomne. Sandra se puso tapones en los oídos y por fin entró en el mundo de los sueños. Micius se alarmó cuando no la vio llegar con la comida a la hora del desayuno. Subió las escaleras, entró en la habitación y, después de unos cuantos maullidos, empezó a darle golpecitos con la pata en la nariz. Pero nada. Entonces, ¿qué hizo? Salió al balcón, saltó al del vecino y fue a maullarle bien fuerte hasta que el hombre llamó a la puerta de su amiga. Micius se había preocupado y había actuado en consecuencia. ¿Cómo deberíamos interpretar esta reacción? Ahora, hasta la ciencia lo confirma: entre los gatos y los seres humanos se establece un vínculo profundo que se parece muchísimo a las relaciones afectuosas que se crean entre las personas, sobre todo si el felino interactúa con una mujer. Y eso no es todo: los gatos consiguen controlar la situación (un modo elegante de decir «manipular»), sobre todo cuando se relacionan con la persona que les da de comer y los acaricia, de forma muy parecida a lo que sucede entre un niño y sus padres. Estas fueron las conclusiones a las que llegó el biólogo austríaco Kurt Kotrschal, de la Universidad de Viena, después de



ver y analizar con sus colaboradores unos vídeos que mostraban la vida cotidiana de 41 humanos con sus gatitos: se observó que las interacciones son muy similares a las que se dan entre un niño y sus padres. La comida actúa como medio para manifestar afecto, un mensaje que el felino percibe igual que un recién nacido: «Mamá me alimenta y me cuida, así que confío en ella». El estudio demostró que, aunque los hombres muestran un gran afecto hacia los gatos, las mujeres son las que interactúan más y tienen un vínculo más intenso con ellos. Es de nuevo la relación madre-hijo la que desempeña un papel clave, pues desde el principio de los tiempos son ellas las que permanecen físicamente con su descendencia y la cuidan. Los gatos sienten este afecto y, como ha demostrado Kotrschal, devuelven el favor: tienden a ser más receptivos a las atenciones de las mujeres. La relación está tan equilibrada que el gato podría convertirse en el mejor amigo de las mujeres, que son capaces de ganarse un poco más su complicidad que los hombres. La coautora del estudio, Dorothy Gracey, explicó en un artículo para la página web de *Discovery News* que, en general, la relación gato-humano implica una serie de mecanismos psicológicos importantes: atracción mutua, compatibilidad de personalidad, facilidad de interacción, juego, afecto y la sensación de un vínculo real de cuidado y apoyo. Por supuesto, todos estos aspectos emergen

de diferentes formas según las personas y el carácter de cada gato. En definitiva, un gato que duerme a nuestro lado, que se muestra feliz cuando llegamos a casa, que se deja cepillar mientras ronronea o que come con entusiasmo la comida que le preparamos nos demuestra así su afecto. Estos son solo algunos ejemplos a los que, como prueba de la empatía mutua entre gatos y humanos, se pueden añadir muchos otros para demostrar que no se trata de «percepciones» distorsionadas por la fantasía de los amantes de los gatos, puesto que todos son reales. Actualmente, el equipo de Kotrschal está estudiando la relación entre humanos y perros. Al parecer, aún queda mucho por descubrir sobre esa relación milenaria.

Bípedo ansioso, gatito nervioso

La relación emocional que nos une a nuestros gatos es tan intensa que comporta importantes consecuencias en su comportamiento. Una investigación llevada a cabo por la Universidad de Lincoln en colaboración con la Nottingham Trent University, y que se publicó en la revista científica *Plos One*, descubrió que la personalidad del humano influye en gran medida en el bienestar psicofísico del gato. Los investigadores seleccionaron a tres mil personas que vivían con gatos y



les pasaron un cuestionario sobre la personalidad, el comportamiento, la salud y el estilo de vida tanto de las personas como de los gatos. Los resultados fueron muy parecidos a los que se obtienen en estudios sobre padres e hijos: si los adultos son particularmente nerviosos o no saben afrontar adecuadamente el estrés cotidiano, sus hijos también se ven afectados y «copian» el comportamiento debido a las neuronas espejo, lo que tiene malas consecuencias sobre la salud, el rendimiento escolar, el sueño, etc. El estudio mostró un sorprendente paralelismo: las personas estresadas y neuróticas tienen gatos con problemas de comportamiento, agresivos y con tendencia al sobrepeso, mientras que las personas que son más conscientes de sí mismas tienen gatos menos ansiosos y más sociables. Todo esto era de esperar, señalaron los investigadores: los gatos hoy en día forman parte de la familia, interactuamos con ellos constantemente y es inevitable que nuestro estado de ánimo les afecte. Lo que sentimos emocionalmente se lo transmitimos también a ellos, que son animales extremadamente sensibles a su entorno físico y psíquico.